

TE CONCEBÍ EN UNA LATA DE CONSERVAS. Una de esas latas sin etiquetas que regalan en la beneficencia de la aldea de Åre. Casi siempre contienen salchichas o sopa de guisantes.

Así es como lo hice: esperé hasta que llegaron esos días del mes. Saqué la lata de la repisa de debajo del fregadero. La llené hasta la mitad con agua fresca y le eché media cucharadita de sal. A continuación le puse una zanahoria nudosa y pequeñita del huerto de las que quedaban del año pasado. La había guardado porque tenía un par de protuberancias, como piernecitas, y dos muñones que parecían brazos. Entonces sostuve la lata entre mis piernas y dejé caer unas gotas de sangre dentro. Después un poco de saliva. Lo cubrí con plástico para envolver alimentos. Todo el resto de la noche lo pasé sentada con la lata sobre mi falda, cantándote. Así es como fuiste concebido, en octubre, mientras caía la primera nevada del año.

Durante los meses de invierno no dejaste de crecer. Te canté y te alimenté con pequeñas gotas de leche. Para el solsticio de invierno estabas tan grande que tuve que pasarte a un contenedor mayor, un viejo cubo. Entonces empezaste a dar patadas, supongo que porque al fin disponías de espacio para moverte. No necesitabas nada más que leche, y eso estaba bien, puesto que la beneficencia de Åre había cerrado. Yo no quería ir a pedir dinero del estado. Vivía con las patatas y las raíces del año anterior, un pajarillo de vez en cuando, cardos de la ciénaga, y lo que robaba en las tiendas.

Aquel año la nieve tardó en derretirse. Hasta finales de mayo no desaparecieron los últimos parches en el patio trasero. Los pequeños abedules de montaña desplegaban sus primeras hojitas. Levanté el paño que te cubría, y vi que estabas a punto de nacer. Estabas hecho un ovillo al fondo del cubo, perfectamente formado, recubierto por un líquido parduzco. Te levanté y te sequé con una toalla.

Serían las tres y media de la mañana. En el porche el aire estaba helado, clarísimo. Podía verse hasta la frontera con Noruega, las montañas Sylan. La luz del sol goteaba sobre las cimas. Te sostuve en mis brazos.

—Bienvenido a casa —dije.

Abriste tus ojos y miraste más allá de la ciénaga. Nos quedamos así un rato.

Una vez que estuviste fuera del cubo, creciste con rapidez. Las moras árticas maduraron hacia agosto, cubriendo la ciénaga de destellos dorados. Las recogimos juntos. Para entonces ya andabas, tu piel reforzada y morena bajo el sol. Aunque no podías cargar mucho con tus muñones, no se te daba mal cogerlas con la boca y depositarlas en la cesta. Hice mermelada de mora ártica. Nunca te cansabas de comerla. Te recuerdo sentado en la mesa de la cocina, la cara recubierta del líquido dorado, saboreándola ruidosamente.

El otoño se convirtió en invierno, y aprendiste a hablar. Lo hacías muy bajito, con algo de carraspeo, y no podías pronunciar las erres. Leíamos juntos: revistas viejas, los libros infantiles que había guardado. Jugábamos en la nieve. Tenía una artesana de amasado en la que nos deslizábamos valle abajo, y que luego yo arrastraba montaña arriba. Tú te dedicabas a excavar

en las montoneras de nieve, echando la nieve a un lado y a otro con tus muñones, abriendo túneles a través del blanco. La noche antes de tu primer solsticio de invierno, te preguntaste por primera vez por tus orígenes.

—¿De dónde vengo? —preguntaste—. ¿Dónde está mi padre?

—No tienes —dije—. Yo misma te concebí.

—Todo el mundo tiene un padre.

—No todo el mundo.

—¿Y por qué me creaste? —preguntaste.

—Para poder quererte —respondí.

Las últimas nieves se derritieron, y celebramos tu primer cumpleaños. El suelo dejó de estar helado. Los días se hacían más largos. Ya me llegabas a la cintura y no querías sentarte en mi falda, ni me dejabas abrazarte. Tuvimos nuestra primera pelea cuando empezaste a excavar en la huerta a las puertas de casa. Te encontré dentro de un cráter de tierra removida y semillas, restregándote el lodo por toda la piel. Te grité por arruinar mis plantas, y te pregunté por qué lo habías hecho.

—Pues porque aquí la tierra es muy buena —dijiste.

—Puedes excavar donde quieras —dije—. Pero aléjate del jardín, o no tendremos comida.

—Pero la tierra no es buena en ninguna otra parte. No lo entiendes.

Sin decir nada más, marchaste cabizbajo hacia el bosque de abedules y te pasaste el resto de la mañana excavando debajo de los árboles mientras yo intentaba salvar la huerta. Parecía que estuvieras excavando para estar menos enfadado, porque después de un rato regresaste con los brazos extendidos. Entramos juntos y ensuciamos el suelo de lodo y tierra.

Excavabas todos los días. Por la ciénaga, por la colina de camino al valle. Parecía que estuviéramos infectados de ratones o de conejos. Traías a casa las cosas que sacabas de la tierra: un cazo de cocina roto, un trozo de esquí, huesecillos pequeños, piedrecitas que parecían de oro.

Cuando hizo suficiente calor te llevé al lago Kall para nadar por la noche. De niña yo solía ir. Era lo mejor de todo el verano.

Gemiste de alegría al ver la orilla rocosa y el espejo grisáceo del lago. Te asustaste al entrar. Era demasiado grande y muy suelto, decías, muy suelto. Te sentaste en la orilla mientras yo nadaba. Tampoco te gustaron las rocas. Eran demasiado duras. Querías volver a casa a excavar la tierra. No volvimos al lago Kall.

El nuevo lote de tarros de mermelada ocupa una repisa entera. Creo que ahí se va a quedar. Ya no puedo comerla. Pero la dejaré ahí, por si acaso.

Supongo que tenía que pasar. Me desperté de una siesta para encontrarme la cabaña vacía. Miré dentro y por detrás del cobertizo, en el bosque de abedules que se apiñaban al lado de la casa. No estabas por ninguna parte. Al cabo empecé a gritar tu nombre. No hubo respuesta. Pensé que igual te habías caído dentro de un agujero en la ciénaga. Todas las primaveras aparecen nuevos agujeros. Me puse las botas de goma y salí a buscarte. Caminé desde la cabaña hacia las montañas, en dirección oeste. Caminé hasta que perdí de vista la cabaña, y entonces giré hacia el norte. Caminé arriba y abajo, llamándote, hasta que el sol desapareció en el horizonte. Entonces regresé a casa.

Debió llevarte todo el día hacer el agujero. Lo encontré por accidente, dándole patadas de frustración a la artesana tirada donde la encontré en el suelo, justo al lado de los escalones de entrada. Al moverse vi el agujero. Te llamé.

—Sal, por favor —dije.

—No quiero —te escuché decir por lo bajo.

—¿Qué estás haciendo ahí?

—Excavar.

—¿Quieres salir, por favor? Haré la cena.

—No quiero.

Fui a buscar la pala, y la coloqué al borde del agujero. Pero en cuanto rompió la tierra, te escuché gritar. Me asomé. La tierra estaba atravesada por multitud de raíces blancas.

—¡Me haces daño! —te quejaste.

Entonces comprendí.

—Lo siento mucho, amor mío —dije—. Lo siento mucho. Ya no te haré más daño, lo prometo.

Entré en la casa y me senté en la cocina. Lloré un poco. Después cogí la regadera de la huerta y la llené de agua fresca. La derramé sobre el agujero que habías hecho. Pude oír tu risa clara ahí abajo. Aquella fue la primera vez que escuchaba ese sonido.

Es agosto otra vez. Las moras árticas están rojas todavía; dentro de poco madurarán y se volverán doradas. Recogeré todas las que pueda, para mermelada y compota. No has dicho nada desde el día en que te enterraste en la tierra. Pero hay una agarradera de hojas verdes creciendo al lado del agujero. Cuando las riego, puedo escuchar una risa clara a lo lejos.